

Visión panorámica de las Tradiciones peruanas

Eduardo Arroyo Laguna
Universidad Ricardo Palma, Lima - Perú
eduardoarroyo29@gmail.com

Resumen

Este breve ensayo presenta ideas referidas a tradición e historia, sus semejanzas y diferencias así como la inclusión del uso del lenguaje popular en las tradiciones palmistas.

Palabras clave: Historia, tradición, lenguaje popular.

Abstract

This brief essay introduces ideas regarding history and tradition, its similarities and differences, as well as the use of oral and popular language in the palmist traditions.

Keywords: *History, tradition, popular language.*

Eduardo Arroyo Laguna, Sociólogo, poeta, narrador, promotor cultural y periodista. Doctor en Ciencia Política y relaciones internacionales, Decano Nacional del Colegio de Sociólogos del Perú y de la Asociación Amigos de Mariátegui. Docente de la Universidad Ricardo Palma

Este año conmemoramos el centenario de la muerte de Ricardo Palma Soriano así como el Cincuentenario de la fundación de la universidad que lleva su nombre, de la que el Instituto Ricardo Palma es una entidad importante. Estas efemérides nos llevan a revalorar y revisar permanentemente la obra de nuestro patrono.

Hemos dicho en ponencias anteriores que las tradiciones peruanas, sin llegar a constituir un compendio de historia, encierran mucho de ella. El autor bucea en las profundidades de los hechos sociales, la naturaleza geográfica del país, la esencia del peruano y así obtiene sus conocimientos investigando en cuanto archivo encuentre.

Entendemos por historia la narración y exposición de los acontecimientos pasados y dignos de

memoria, sean públicos o privados. Se constituye en la disciplina que estudia y narra estos sucesos. En su conjunto, la historia es la suma de sucesos o hechos políticos, sociales, económicos, culturales, etc., de un pueblo o una nación (Diccionario de la Lengua Española, 2005, Tomo X, p. 826).

Por tanto, estamos hablando de una ciencia social con normas, metodologías, marco teórico. No es cualquier narración o invención.

Para Edith Palma:

El autor de las Tradiciones se vale de la historia, indudablemente, como de cosa viva para transformarla hasta sus últimas consecuencias. Es la suya, en todo caso, una historia del habla... Palma no es un historiador profesional... Palma ha consultado, como nadie lo ha osado nunca en el Perú, textos, documentos y manuscritos en cantidades impresionantes. La misión de Palma parece haber sido la

de embellecer la historia, la de idealizarla de acuerdo con las tendencias de su siglo decimonono... (Palma, E., 1964, p. XXXIII).

En cambio, la tradición en el sentido común es la transmisión de noticias, composiciones literarias, doctrinas, ritos, costumbres, etc., hecha de generación en generación. También se entiende como tradición todo aquello que se transmite de este modo de padres a hijos.

En este caso, el tradicionista sería el narrador, escritor o colector de tradiciones. En literatura, sería la elaboración literaria, en prosa o verso, de un suceso transmitido por tradición oral (Diccionario de la Lengua Española, 2005, tomo XVIII, p. 1497).

Habitualmente, Palma elige la tradición oral, con la que zanja cualquier disputa. Así en su tradición “Los Incas ajedrecistas”, al decidir sobre cómo fue asesinado Manco Inca dirá que

Varios cronistas dicen que la querella tuvo lugar en el juego de bolos; pero otros afirman que el trágico suceso fue motivado por desacuerdo en una jugada de ajedrez.

La tradición popular entre los cuzqueños es la que yo relato, apoyándome también en la autoridad del anónimo escritor del siglo XVI (Palma, 1964, p. 16).

De paso señalaremos que “es con la obra de Palma que el indio se hace presente –de manera orgánica y cumpliendo un papel destacado– en la literatura de nuestro país” (Núñez, 2001, p. XXIV).

Palma se inspira en la historia para escribir sus tradiciones y dejar a los peruanos un breviario nacional con tono coloquial.

El tradicionista recoge en las calles, en cada rincón de la ciudad, el sabor del dicho, del saber común, de lo que corre de boca en boca. Cultiva, acopia lo que ocurre en plazas, parques, plazuelas, jirones, alamedas, paseos, pasajes, casas y lo convierte en pieza literaria. Palma no es un elitista que le hace ascos a la voz del pueblo recogida en sus fuentes natas, sino que en gran medida es una correa de transmisión entre el sentir popular y la literatura, la que intensifica con la belleza de su escritura.

Esa es una de las diferencias con Manuel González Prada, quien es olímpico, apolíneo, catoniano, nada dicharachero, pero no por eso menos certero en sus apreciaciones, si bien ambos se distancian a tal punto que González Prada tildó a Palma de conservador, de endiosar a la aristocracia virreinal.

Al respecto, Roy Tanner, miembro correspondiente del Instituto Ricardo Palma, desde USA nos dice:

El acusador más importante de los últimos era Manuel González

Prada, quien empezando en 1886 lanzó una campaña enérgica para desacreditar en muchos frentes a la generación precedente, incluyendo a Palma. Mientras restaba méritos al estilo de éste, se ensañaba con la ausencia de las ideas del significado del presente y del futuro en la tradición; fundamentalmente la llamó una falsificación monstruosa de la historia, creada por un reaccionario.

Rufino Blanco Fombona mantenía este punto de vista en su prólogo a *Páginas Libres* en 1915 y en su propio trabajo *Grandes escritores de América*, dos años más tarde [...]: Palma es hispanizante, retrasado, un espíritu servil, un hombre de las colonias [...]. Completamente opuestos son Haya

de la Torre, Mariátegui, Luis Alberto Sánchez, y otros que subrayan la representación crítica del virreinato y la república con la figura del tradicionista (Tanner, 2005, p. 25).

González Prada no entendió que el tratamiento que hace Palma de la aristocracia como del clero es parte de lo que Bajtin denomina la burla de los pueblos haciendo leña de la aristocracia (Bajtin, 1987). Hay un tono malicioso en cada tradición que corroe el andamiaje aristocrático de la Colonia como de la República y es la misma denuncia que hace Gonzales Prada, quien elige, porque así fue su decisión, un carácter olímpico para lanzar sus censuras, críticas y mensajes al Perú. Ambos son liberales solo que uno es apolíneo y Palma es más dionisiaco, más báquico en su tratamiento del alma nacional. González Prada aparece como más radical mientras el radicalismo de Palma es subterráneo, erosionador desde las raíces.

Ambos son momentos de la conciencia histórica del Perú. Mientras que Palma Soriano encierra más documentación y calle; González Prada es mucho más biliar, frente a la mordacidad, a los alfilerazos del burlón Palma (Mariátegui, 1979, p. 161). Palma destruye a la aristocracia colonial y republicana demoliéndola desde dentro mientras el lenguaje de González Prada cae como lava desde el cielo, como un dios Zeus molesto con las crisis del Perú.

Estuardo Núñez ratifica, con sólidos argumentos, que Palma es creador de las tradiciones, el único género literario creado en Hispanoamérica (Núñez, 2001, p. XXIII).

A lo dicho, hay que acentuar el magisterio de Palma y el carácter irradiador y descentralista de su obra; también de la longevidad, renovada y modernizada de un género que fundara teniendo como base la indagación en las propias raíces nacionales. El

género que practicó con originalidad y talento muy pronto sembró numerosos discípulos, tanto

En el Perú como en Hispanoamérica [...] el sorprendente descentralismo que promovió, así como su vitalidad y persistencia hasta la actualidad (Tord, 2001, p. 5).

La secuencia de las *Tradiciones peruanas*

Palma intentó pintar un mosaico representativo del Perú. Por ello, basado en sus lecturas y en el testimonio oral, inició su monumental obra con unas “Tradiciones del Perú incaico”, compiladas por su nieta Edith Palma, gran biógrafa y literata dedicada en cuerpo y alma a organizar la obra de su abuelo a quien siempre prodigó ternura y fervorosa lealtad así como la compañía de su alta calidad intelectual.

Las tradiciones ligadas al período inca son pocas. Aparecen en estas páginas el poderío del imperio y la reacción de los pueblos que eran sometidos. Destaca el patriotismo de los líderes regionales como el príncipe Huacari, quien ante la imposibilidad de enfrentar al poderoso ejército inca opta por encerrarse en su palacio junto a sus familiares y generales y morir de hambre para no rendir vasallaje al inca Mayta Cápac. Los dioses tutelares, compadecidos del heroísmo del príncipe Huacari lo convierten en estalactita, como se refiere en la tradición fechada en 1180, “La Gruta de Las Maravillas”. Así premiaron a este príncipe apurimeño que prefirió morir antes que acabar como siervo.

Pero en las tradiciones palmistas la fuerza es seducida por el amor. Los incas caen arrebolados por la belleza femenina de las jóvenes de los poblados que conquistaban y, en general, prima la fuerza de la razón, de la cordura. El gran Pachacútec otorga

agua como obsequio al pueblo de una bella muchacha de Tate, valle de Ica, la que enamorada de un galán de la comarca no escucha las cuitas amorosas del inca (“La Achirana del Inca”). En ningún momento se ve a los incas arrasar pueblos a causa del despecho, sino que aceptan que la ninfa de sus sueños ya tenga un dueño de sus sentimientos. No hay caprichos autoritarios en estas tradiciones y el poderoso sabe perder. En todas se opone la fuerza del poder contra la candorosa de la belleza femenina ganando el amor en este encuentro.

Nos hace recordar la mitología griega en la que los dioses pueden bajar del Olimpo enamorados de alguna belleza terrenal, o el caso del dios que enamora a Cavillaca y tiene un hijo con ella (Ávila, 1966), armoniosa conjunción de dioses y humanos, no separados tangencialmente como lo hace la tradición judeo-cristiana.

La tradición “Palla-Huarcuna”, fechada en 1430, nos recuerda la muerte de dos amantes nativos que prefirieron huir y morir antes de ser esclavos ante el inca. Así, en el lugar denominado Palla-Huarcuna, en la localidad de Huancayo,

en la cadena de cerros entre Izcuchaca y Huaynanpuquio verás una roca que tiene las formas de una india con un collar en el cuello y el turbante de plumas sobre la cabeza. La roca aparece artísticamente cincelada, y los naturales del país, en su sencilla superstición, la juzgan el genio maléfico de su comarca, creyendo que nadie puede atreverse a pasar la noche por Palla-Huarcuna sin ser devorado por el fantasma de piedra. (Palma, 1964, p. 10).

El amor merece un tratamiento serio en un romántico como Palma; la mujer nativa aparece como una bella flor con olor a prados, candorosa e inocente criatura. Tiene el tradicionista en gran papel a la pasión amorosa, verdadero móvil de nuestras

conductas, y a la mujer, a la que respeta y a la que se escribe tiernas historias. Ya en una sección siguiente destacará “La muerte en un beso”, unos Romeo y Julieta incaicos, una bella historia de amor de dos amantes: Toparca, el inca sucesor, y su amada Oderay,

la flor más bella del vergel americano. Blanco lirio perfumado con el hálito de los serafines.

Su alma es un arpa eolia, que el sentimiento del amor hace vibrar, y los sonidos que exhala son tiernos como la queja de la alondra.

Oderay tiene quince años [...].

Sus labios tienen el rojo del coral y el aroma de la violeta. [...].

Las leves tintas de la inocencia y el pudor coloran su rostro, como el crepúsculo la nieve de nuestras cordilleras. [...].

Su acento es amoroso y sentido como el eco de la quena. [...].

Esbelta como la caña de nuestros valles, [...] la huella que su planta breve graba en la arena, [...] el perfume de angelical pureza que deja tras de sí.

Todo en ella es castidad, todo grandeza.— Mujeres hay que llevan en sí la misma marca de pureza y espiritualidad que los querubes.— ¡Quizá Dios las hizo hermanas de ellos! (Palma, 1964, p. 23).

Palma, pues, endiosa a la mujer y le dedica bellas páginas, sobre todo a las ninfas prehispánicas. Ellas aparecen como dechados

de virtud frente al matonaje y la irracionalidad de los invasores europeos. El mismo Palma vacilará sobre si incluir “La muerte en un beso” (1534) en su obra y lo justifica así:

Más que tradición, es ésta una novelita del género romántico que tan en boga estaba allá en los albores de mi juventud.

Escrita en los claustros del colegio, mereció de la Prensa frases de aliento para el imberbe autor. Le tengo gran cariño, porque fue ella como mi iniciación en la vida de las letras, y pecaría de ingrato si la arrojase hoy al cesto de los papeles inútiles. (Palma, 1964, p. 23).

Y si deifica la pureza de la mujer nativa, cuestiona gravemente a los conquistadores, los que pese a venir armados con el mensaje de la paz cristiana, desataron toda una serie de tropelías que desestructuraron la vida imperial y fomentaron su extinción.

Al lado de incas sensatos y bellas mujeres angelicales, las páginas de las *Tradiciones Peruanas* son un desfile de seres rudos venidos de allende los mares.

Seguirán las “Tradiciones del Perú de los Virreyes” en un largo acápite que abarca desde 1533 a 1820. Esta sección tiene dos partes, la primera titulada “Bajo los Austrias (1533-1700)” y, la segunda, “Bajo los Borbones (1700-1824)”.

Posteriormente figuran las “Tradiciones del Perú independiente (1821-1830)” y “Tradiciones del Perú Republicano”.

Visión de Palma sobre los personajes españoles

Palma rinde culto a don Hernando de Soto por quien profesa admiración por su don de gente y afabilidad para con los nativos del antiguo Perú. Nos dice en la tradición “Hernando de Soto”

(1531-1536), que se inicia con una bella cita del Corán, que Soto, conquistador de Nicaragua, era animoso, prudente y liberal, una de las figuras más simpáticas que acompañaron a Pizarro en la captura de Atahualpa. Pizarro lo nombró su segundo, pese a la oposición de sus hermanos.

Soto fue el primer español que habló con Atahualpa, en su carácter de embajador, mandado por don Francisco, al campamento del Inca, y logró de éste que aceptase la invitación de pasar a Cajamarca.

Atahualpa, en su prisión, tomó gran cariño por Hernando de Soto, en el cual vio siempre un defensor. Hernando de Soto era verdaderamente caballero, y tal vez el único corazón noble entre los ciento setenta españoles que apresaron al hijo del Sol. Aún es fama que este conquistador pasaba horas acompañando en su prisión al desventurado monarca y enseñándole a jugar al ajedrez. El discípulo llegó a aventajar al maestro.

Cuando regresó de una exploración, a la que lo había enviado Pizarro, se encontró con que el Inca acababa de ser decapitado.

Gran enojo manifestó Soto por el crimen de sus compañeros [...] se regresó a España [...].

El rey le dio el título de Adelantado, le concedió muchas mercedes y honores y le autorizó para sacar de España mil hombres y emprender con ellos la conquista de la Florida [...].

La historia es injusta. Toda la gloria en la conquista del Perú se refleja sobre Pizarro, y apenas se hace mención del valiente y caballeroso Hernando de Soto (Palma, 1964, pp. 10-11).

Palma no solo describe la rudeza de los invasores europeos, sino también sus atributos. Así desfila en las tradiciones peruanas don Pedro de Candia, quien luego de Francisco, Juan y Gonzalo Pizarro y de los capitanes Benalcázar y Hernando de Soto, fue el que alcanzó mayor suma de rescate. Candia era un mozo de imponente figura, artillero mayor, siempre leal a la causa que asumiera.

Otros conquistadores, Alonso Mesa y Miguel de Astete, tomaron prisionero a Atahualpa en Cajamarca. Le hubieran dado muerte de no obrar en contra el propio Francisco Pizarro. Mesa era vulgar pero valiente.

Palma describe la batalla de Chupas que enfrenta a los almagristas con las fuerzas realistas al mando de Vaca de Castro, batalla en la que sale herido el capitán Garcilaso de la Vega, padre del historiador.

Hay personajes vigorosos como Diego Centeno, capitán organizador y activo, sanguinario y cauteloso; Alonso de Toro, aborrecido por ser de malos sentimientos y de trágico final; Francisco de Almendras, cruel y que acabara sus días degollado; los crueles Pedro Puelles y Hernando Machicao; Lope de Aguirre, quien firmaba como El Traidor, joven de veintitrés años y considerado como uno de los mejores jinetes, quien planeaba apoderarse del Perú, tomando por modelo, no solo en la crueldad sino en el sarcasmo impío a Francisco de Carbajal. Sobre este último, denominado el Demonio de los Andes, Palma tiene sentidas páginas descriptivas de su arrojo, valentía, crueldad y fortaleza, como que guerreó hasta los ochenta y cuatro años de edad, asesorando siempre a don Gonzalo Pizarro para que se independizase del rey y se condecorarase como emperador desde el Perú. Fue uno de los principales independentistas en quien primó no solo el valor y el arte de la guerra sino actitudes poco conocidas entonces: la gratitud y la lealtad hacia los Pizarro.

Nuestros incas son reflejados como gente de singular inteligencia que se hacen a la postre jugadores de ajedrez, costumbre de juego que habían adquirido los conquistadores y el clero.

Palma tuvo una visión a favor de los vencidos y una visión romántica de sus mujeres. No en vano es un romántico en literatura y liberal en política, no un romántico en cuanto a cultor del pasado sino un radical, que sueña con un progreso de reformas para el futuro (Palma Edith, 1964, XXI).

Jerga y refraneo popular

Incorpora Palma el refraneo y el léxico popular, emblemas de la sabiduría del pueblo. Por ello inicia sus tradiciones del Perú de los virreyes bajo el dominio de los Austrias con la titulada “El que pagó el pato” (1533), jerga que ha quedado hasta la época actual refiriéndose a alguien que paga las consecuencias de los actos malévolos de otros.

Las palabras y la jerga de su tiempo se deslizan en estas tradiciones. A continuación, algunos refranes propios del argot popular engarzados por Palma en sus tradiciones y que resumen mucho de la sabiduría de la vida cotidiana de la gente:

- “El que pagó el pato” (p. 19);
- “Quizá quiero, quizá no quiero” (p. 37);
- “El que se ahogó en poca agua” (p. 83);
- “Si te dieran hogaza, no pidas torta” (p. 85);
- “Comida acabada, amistad terminada” (p. 88);
- “Ir por lana y volver trasquilado” (p. 121);
- “Puesto en el burro, aguantar los azotes” (p. 218);
- “No hay mal que por bien no venga” (p. 230);
- “Haz bien sin mirar a quien” (p. 555);

- “El hábito no hace al monje” (p. 575);
- “El que espera, desespera” (p. 654);
- “¡Al rincón! ¡Quita calzón!” (p. 758);
- “Nadie se muere hasta que Dios quiere” (p. 820);
- “El mejor amigo... un perro” (p. 858);
- “Palabra suelta, no tiene vuelta” (p. 920);
- “¡Fíate en el justo Juez y no corras!” (p. 1184);
- “Soy camanejo y no cejo” (p. 1187);
- “No tener ni cara en que persignarse” (p. 1189)
- “Fulana no tiene ya cara ni sello” (p. 1189)
- “Ser de Padrenuestro” (p. 1191)

Muchas tradiciones asumen títulos que hoy son refranes conocidos. Ellos revelan su antigüedad y su vigencia.

Ya en la era republicana, Palma nos dice, como entendiendo que el proyecto liberal republicano, la utopía de la que nacía la república se había quedado a medias, que seguían las costumbres y los personajes del pasado, solo que sin virreyes.

Se destaca la tradición “Con días y ollas venceremos”, retrato de la Lima republicana en la que al igual que en la Colonia, los ambulantes articulaban la Lima plebeya con la Lima aristocrática, la de abajo el puente con la de encima del puente, la que vivía a ras del río con la que estaba a mayor altura (Palma, 1964, p. 958).

El boato republicano es descrito en la tradición “El baile de la victoria” (Palma, 1964, p. 1124), la fiesta más fastuosa realizada durante nuestra vida republicana, llevada a cabo durante el gobierno de Rufino Echenique en 1853, que congregó a todos los personajes de la época y recupera lo virreinal en una Lima de títulos ya no heredados sino comprados.

El formato de la tradición

Las tradiciones siguieron un formato de redacción, escrito y estatuido por Ricardo Palma, que consistía en unos pasos que le dieron grandes resultados al captar la atención de muchos escritores: en primer lugar, nutrió los temas que trataba con hechos cotidianos, los que eran relatados con simpleza y naturalidad y con una pretendida nostalgia de los hechos pasados; añadió el humor, el refraneo y el cancionero popular; y con todo ello, armó la llamada “pequeña historia”.

Las tradiciones palmistas no fueron ningún culto al pasado ni fueron pasadistas. No hubo en ellas un escape de la realidad común en el “pasatismo”, que en esencia buscaba refugiarse en el pasado rehuendo los problemas del presente. Lo que quisieron lograr las tradiciones, impulsadas por una actitud romántica, fue aparentemente presentar hechos lejanos, a fin de lograr los efectos escénicos del misterio y del enigma. Allí estaba la influencia del romanticismo, que era una reacción al racionalismo extremo. Este privilegiaba las nociones de razón, orden, armonía frente al culto a la individualidad levantada por el romanticismo, por la exaltación de las emociones y por un énfasis en la imaginación al que se unía un alto interés por la cultura popular.

Con las tradiciones se captó la atención del conjunto del país, ya que Palma leía y se carteaba con intelectuales de todos los departamentos y provincias estando siempre bien informado de los aportes tradicionistas de cada comarca.

Como bien refiere don Estuardo Núñez:

Durante todo el tiempo del coloniaje hispánico, y aún en los primeros años de la República, la ausencia de imprenta, de un lado, y el centralismo político y económico del país,

de otro, fueron los elementos que trabaron la producción intelectual a nivel nacional [...].

Hasta ese momento, la literatura que se había elaborado en la capital había provocado el interés provinciano en muy raras ocasiones [...]. Lima vivía de espaldas a las inquietudes del país [...], pero a medida que se va consolidando política y económicamente, desde mediados del siglo XIX, el sistema republicano, la actividad cultural se intensifica [...]. Es entonces que aparece la obra literaria de Palma [...]. Su rápida difusión y asimilación permiten que, por primera vez, ingenios de casi todo el país se incorporen a esta nueva inquietud literaria.

Surgen tradicionistas desde Piura hasta Tacna y Tarapacá, desde los exuberantes confines amazónicos hasta las adustas altiplanicies andinas [...]. La tradición responde sin duda a un nuevo espíritu que, de un lado, conducirá a cultivar otros géneros de narración más extensos y laboriosos, como el cuento y la novela, y, por otro lado, al desarrollo de otra manifestación raigal y pugnaz como fue la corriente indigenista o indianista en el siguiente siglo [...] lúcida inquietud por descubrir en las provincias los aportes de nuevos creadores [...] que se expresará recogiendo literariamente al hombre distinto del limeño, “el otro”, pero un “otro” que el escritor hace parte del “nosotros”, complejo y múltiple (Núñez, 2001, p. XXVII).

Logra Palma con el género que crea ingresar en el alma nacional inventando una narrativa que lo hace estar muy cercano al espíritu de la gente. Esta actividad, esta direccionalidad y esta nueva actitud del tradicionista es la que lo lleva a captar el alma de la gente y hacer andar el proceso de construcción de una genuina literatura nacional mostrando que la realidad nacional podía ser la materia prima de la trama literaria y, al promoverla, lograr que surjan narradores en todo del país. Aquí está la labor de líder y de promotor cultural de la obra de Palma.

La tradición no fue un simple ensayo, artículo o cuadro de costumbres ya que este último era más inmediatista, concreto y detallista de un hecho concreto. Era un reflejo de la realidad mientras que la tradición tenía un aire mayor y una órbita más nacional e internacional al no quedarse en la pequeña localidad o comarca, sino que podía retroceder en el tiempo, ir al pasado, escudriñar en sus estructuras. Tenía indudablemente algo de costumbrista y también de leyenda, pero las superaba porque estaba más allá de la descripción somera de hechos y, sin alejarse de la realidad, la adornaba con la imaginación sin llegar al aire de leyenda pues lo legendario siempre plantea otro mundo, mundo de irrealidad. La tradición nunca escapó de la realidad.

Mientras los cuadros costumbristas son estáticos en su descripción pormenorizada de la realidad, la tradición no está quieta nunca, es en esencia muy dinámica en su modo de retratar un tiempo, una época.

Tal vez tenga que ver esto con la experiencia teatral de Palma que hace que los relatos costumbristas se desenvuelvan en amplias perspectivas de espacio mientras que las tradiciones se desarrollan en función a perspectivas de tiempo y escenarios históricos.

En suma, la obra tradicionista de Ricardo Palma es de vanguardia. Luego de Garcilaso, Palma es el escritor peruano más influyente y difundido fuera de las fronteras nacionales, además de haber brindado un magisterio a los literatos de su tiempo. De esta forma, echó a andar el proceso de una literatura nacional y se convirtió en promotor de la misma logrando que surgieran narradores todos lugares. Con Palma, en suma, aparece la tradición como género literario en el campo literario internacional y, a su vez, se descentraliza su uso, su escritura y lectura.

Bibliografía

Ávila, F. (1966). *Dioses y Hombres de Huarochirí*. Edición bilingüe quechua-español, traducción de José María Arguedas. Lima: Museo Nacional de Historia y el Instituto de Estudios Peruanos.

Bajtín, M. (1987). *La Cultura popular en la Edad media y en el Renacimiento. El contexto de Francois Rabelais*. Madrid: Alianza Editorial S.A.

Real Academia Española. (2005). *Diccionario de la lengua española*, vigésima segunda edición, Tomos X y XVIII. Madrid: Espasa Libros.

Mariátegui, J. C. (1979). “El proceso de la literatura”. En *Siete Ensayos de interpretación de la realidad peruana*. Caracas. Biblioteca Ayacucho.

Núñez, E. (2001). *Los tradicionistas peruanos*. Primera edición anotada, ejemplar N° 102. Lima: Editorial Laberintos S.A.C.

Palma, E. (1964). Prólogo “Ricardo Palma y sus Tradiciones Peruanas”. En *Tradiciones Peruanas Completas*. Madrid: Ediciones Aguilar S.A. Palma, R. (1964). *Tradiciones Peruanas Completas*. Edición y prólogo de Edith Palma, con siete extensos apéndices y una selección de cartas del autor. Quinta edición. Madrid: Ediciones Aguilar S.A. Tanner, R. (2005). *El humor de la ironía y la sátira en las Tradiciones Peruanas*. Lima: Editorial Universitaria de la Universidad Ricardo Palma.

Tord, L. E. (2001). Presentación de *Los Tradicionistas Peruanos* de Estuardo Núñez. Lima: Ediciones Laberintos S.A.C.

Recibido el 20 de enero del 2019

Aprobado el 21 de enero del 2019